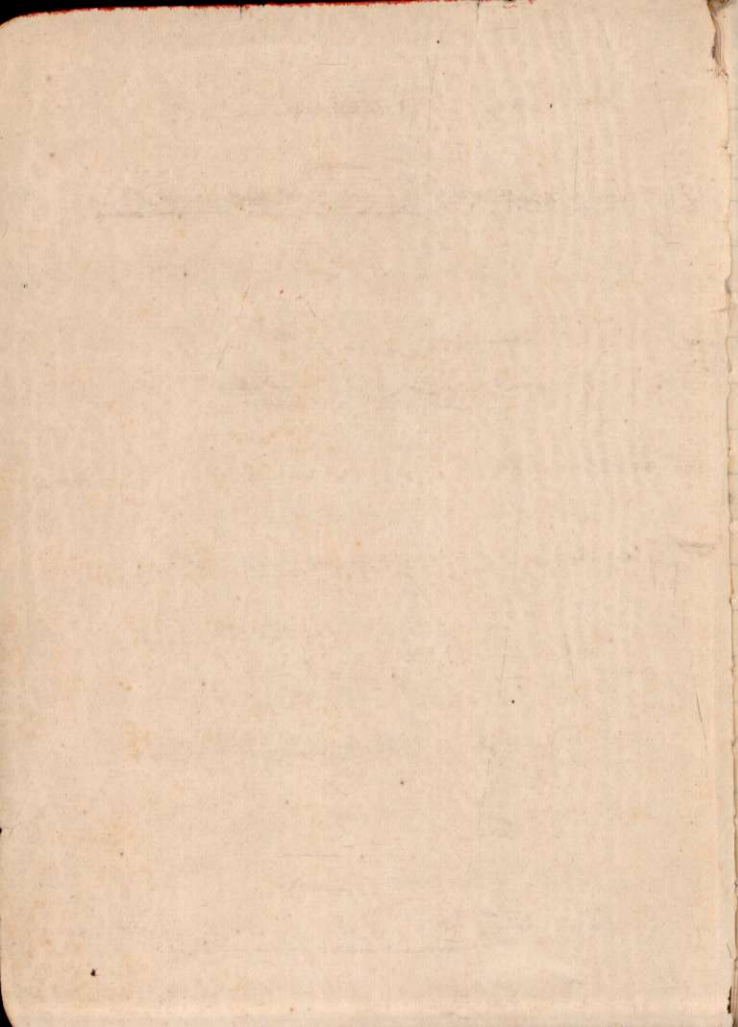




TEATRO. Volumen VI 3077

Francisco Villalpessa

AYUT.º ALMERIA
F. VILLALPESA
Donación: A. MORENO

IRONIA

(Comedia en un acto y en
prosa, original de
Coelho Netto)

Arreglo castellano
de

AYUT.º ALMERIA
F. VILLALPESA
Donación: A. MORENO

Francisco Villalpessa

Santa Mana 10 Febrero 1929.

307

Personajes

Julietta (actriz)

Luziana (madre de Julietta)

Olara (criada)

El senador Salgueiro

Alfredo (poeta)

El Empresario.

Um actor.

Voces.

Atualidade.

Acto Único.

Interior de un camerín elegantemen-
te ornado. Puerta al fondo, con cortinas
a la izquierda, en segundos términos, un
tocador. En el ángulo, un alto espejo
de cuerpo. Biombo a la derecha. Larga
estomane sobre un amplia alfombra.
Poltronas, taburetes, sombreros, Flo-
res en profusión. A la izquierda, en
primer término, un postigo.

Escena I

Clara, y después Julietta.

[Clara arregla el tocador. Lleva detrás
del biombo los ropas que encuentra
en desorden por los muebles. Llegan
de cuando en cuando, rumores de
aplausos, carcajados. Llaman a la
puerta. Clara no contiene un gesto
de inquietud. Después de haberse
mirado al espejo, en coquetaría, en-
trece la puerta, reñiendo de alguna

8708
un ramo de rosas)

Clara (hablando en algarabía) ¡Bu
enas noches!... No señor... Si, se

ñor (sonriendo) Yo? ¡Bual!... Si, se
ñor! ¿Entón luego? (descubriendo)

Ya no se donde voy a acomodar tan
tas flores: son ramos sobre ramos!

El tal viejo, ya no se contenta con tra
erlos, mande tambien a las floristas!

(con malicia) Eso, hombres de edad
cuando les da por esto! (llaman

de nuevo a la puerta) Tenemos
otro!... ¡Corre el cortinón, muy a

muable) Buenas noches! (Después
de una pausa). Creo que no va bi

en! ¿Que quiere el señor? (Aplausos
fuerza) Mere, acabó el acto... Si quiere

esperar un instante... Si, señor!

(Gran movimiento fuera. Voces:
arrastrar de bastidores, carreras
martillazos. Palmas frenéticas.

Entos. Clara arregla apuradamente
el camorón)

1^a. Voz (fuerte) Miren esas bombas
leñas!

2^a. Voz. Amalia, manda al peluquero
a mi cuarto.

3^a. Voz. López! López! (alefante)
; López! (Pasan comparsas canturrean-
do)

El empresario (fuerte) Mas despacio,
mas, despacio! Miren en telon!, Qui-
dados en en telon! (irritado) ¡Oh,
muchachos, ¿dónde tienes la cabeza?
Presta atención a lo que estás ha-
ciendo. (Fuerte)

(Julietta entra fatigada. Trae dos
grandes ramas en las manos. Clara
se apresura a recogerlas)

Julietta (acompañándose al espejo) ¿Vi-
no alguien?

Clara. Aquí no es calvo.

3708
Julia ¿Quién mas?

Blanca. Aquel moreno moreno que pa-
rece extranjero.

Julia ¿Extranjero?

Blanca. El de los fríos amarillos.

Julietta (mirando) Ah! no es extranje-
ro.

Blanca. No se... El habla una lengua
tan inversada!... El sujeto no
será extranjero, pero las palabras
que dice no los entiendo nadie.

El Impresario (fuera) No es este
la sala! No es esta!...

Julietta. Y de casa?

Blanca. De su casa, nadie.

Julietta. ¿Qué hora es?

Blanca. Las diez y media... ellos no se
aflija. Las buenas noticias andan siem-
pre despacitas; mas la Desgracia tiene
alas. Si hubiese anunciado alguna
cosa ya la habrían matado a decir.

Julia. Tu me te imaginas como el
separado! Cuando solo ardia en fue-
bre, agitaba la cabeza, afligido,
gimiendo. Ah, Clara, los gemidos de
una criatura, de un hijo!

Clara. ¿el médico?

Julia. Allí lo deje. Todo lo afote-
do ya!

Clara. Entonces, está tranquila.
(llaman a la puerta)

Julietta (adelantándose ansiosa. Sevan-
ta el cortinón, y se permanece en un sín-
te, con una sonrisa forzada) Ah!

Alfredo. (abre la puerta) Me da su
permiso?

Julietta. Pase.

Clara (aparte) afuerita el de
los juantes amarillos.

Escena II

Las mismas y Alfredo

Alfredo (muy presumido, con un ramo de rosas. Dejando en la atornillada el sobretodo y el bastón) Buen día! (Mrs rimiento de Julieta. con presiones) De lante del sol no es natural que yo dijere: Buena noche! (Julieta va a tomar las rosas; él le huye las manos) No!; nunca! Traigolos para hacer con ellos una alfombra... No son dignas de sus manos... ni aun de sus pies! Pudiera yo llegar al jardín de Viviana... de allí, sí! Traerian flores compatibles con la Reine de la France, mas estas... Permitame que los deshoje! Julieta. No, demelos.

Alfredo. Como una santa quiere agasajar a la pobreza. (En otro tono) Soberbio esto! Aspirase un aire vernal! Mas no es de las flores este efluvio... Ellos viven aqui como los estrellas a la luz del Sol!

Julia Vd. oyo el primer acto?
Alfredo. Culturalmente, religiosamente.
 Es una joya la comedia... Voy a es-
 cribir un folletín. Y como Vd. dice
 aquella frase: (con énfasis) "El
 amor es la disonancia eterna de
 los almas".

Julia (sorprendida) Yo? (Alara-
 sale)

Alfredo. Pues no es eso?

Julia. Yo no digo tal cosa. En qué
 escena?

Alfredo. Cuando atravesamos el huerto
 bajo el fluido lunar, en un misti-
 cismo vago, mirando o en éxtasis
 como una virgen prerreflexiva.

Julietas. ¿Qué huerto?

Alfredo. Huerto, jardín o parque: hoy
 otros sinónimos. Huerto es más expresivo.
 El huerto de Gethsemani, por ejemplo, es
 más estético que el Jardín de los olivos.

(Clara ⁸⁰⁵ Entra. Julieta se adelanta preocupada)

Julieta. ¿Qué es?

Clara. Nada.

Alfredo. (de repente) Ah! espere. La frase es de los Ancientibus de Arrieta. Tiene razón: es de los Ancientibus. (Otro

toro) Mas es bella y profunda, no le parece? tiene nervios. (Repetiendo)

"El amor es una dinamización eterna de los almas". (Llamando a la puerta)

Julieta (a Clara) ve quien es.

Clara (a la puerta) El señor senador Salgado.

El Senador (fuera) Salguero, hijo, Salguero!

Julieta. Entre el señor senador.

Escena III

Dichos y El Senador.

El Comendador (con un repulido rufano de virreyes, vacilante) Señor

incómodo, entiende? sino incluso
 do. No quiero ser incómodo - entien-
 de? incómodo. Muy bueno. Nada.
 (Hace un cumplimento ceremonioso
 a Alfredo) Ya estube aquí para saber
 del pepinero - entiende? - para saber
 del pepinero. Hable con Blanquita,
 venga ahora a traerle estos violetas,
 entiende?, estos violetas y mis felici-
 taciones por el triunfo. (Otro to-
 no, en interés) Mas, como va el
 niño?

Julietta. Mal.

Alfredo. Mal?

Julietta. Muy mal.

El Senador. Mas que es?

Julietta. No se. Esta, desde hace tres
 días, con una fiebre intermitente...

El Senador. Que edad tiene?

Julietta. Años y medio.

El Senador. Ah, entonces... Las criaturas

mi señora, resisten mas las fiebres
que los adultos, entiende? que los
adultos. Una criatura en cuarenta
grados de fiebre, entiende? en
cuarenta grados de fiebre.

Alfredo. Esta en perfecta salud.

Senador. Como? Pardon, yo se ha
que me dijo, mi cosa senor, enti
ende?

Alfredo. Perfectamente.

Senador. Bufo un hijo me ha
y dos nietos. Los criaturas resisten
mucho mas las fiebres. Yo, en trein
ta y cinco, entiende? en treinta y
cinco grados, estoy desvanecido.

Alfredo (aparte) y los mismos sen
ellos.

Senador (a Julieta) No se preocu
te, mi señora, tenga calma.

Julieta. Yo solo temo a la Miermin
zita (Reprofundose los ruidos), No

están sintiendo frío?

Senador, a todos entiendo, a mí
Todo no hay más posible. Yo vi-
mos, bajo estas nieves, entiendo,
bajo estas nieves, me siento como
en plena primavera. Allá fuera, ni;
sopla un aircillo picante, de lluvia.

Julietta. Está lloviendo? (Sobresaltada)
Alfredo. Una lluvia.

Senador. Perdon... Llover a contin-
uando lleve al teatro.

Julietta, oh, Dios mío!...

Senador. Mas no se incomode, está
bien? no se incomode... Si me permi-
te yo mandare venir un carruaje

Alfredo (aparte) Este viejo me com-
promete en sus liberalidades...

Julietta, eso es permiti... (Abre el portezuelo
y retrocede); como llueve!

Blanca. Este tranfuguillo, Don Julietta,
no le faltaron cuidados al papá.

Su madre de Dd es tan conmovedora
Yulietta (vivamente) Si, mamá.
Cabe de nuevo el portigo y se queda
mirando, 'Como Uueue' (Resoluto,
sentándose al tocador; a Blom) Va
mos. (Blom empieza a arreglar
de el cabello; indolentemente); 'Que no-
che, Dios mío, para ser en tuveita
enferma! 'Y tengo aun dos ac-
tos! (Suena la campanilla)

El Senador (cerrando el portigo)
 Con perestro. Yo voy en un
 bre por todo, menos por los
 corrientes de aire, entiende? Ya
 estuve entre la vida y la muerte
 a causa de una rendija, entiende?
 de una rendija.

Alfredo! Yo también.

Senador. Pnevmonia?

Alfredo. No; el manto, un fa-
 bricante de rillos de montar. Es-

pierna y... me le digo nada! di
un salto de Leucade y esca-
pe en algunas arañaduras.
(Sientanse los dos en la atmósfera
conversando intimamente)

Julietta (suspirando) Ah, Clara!
Clara, tenga calma! (El senador
y Alfredo tracen torzitos)

Julietta, en fin, me da ser lo que
dus pieren.

El senador (leyendo la torzeta de
Alfredo) Alfredo... V. V. Ulises...

Alfredo, Ulises, señor senador.

Senador (comprendido) Ulises! ¿cómo?
con V.?

Alfredo, (con importancia) Así es en
buen los clásicos.

Senador, los clásicos? Eso es amoroso
no, entendi? amoroso...

Alfredo, Es una ley estética, señor
senador.

Senador. Pues, mi amigo, es asom-
broso; es asombroso; es la primera
vez que oigo tal cosa, y no soy me-
s, entiende? no soy más.

Julietta. Si Amancio pudiese ir en carro
ahí, frente mi casa.

Clara. Quiere Ud que lo llame?

Julietta. Ve si está por ahí. (Clara
sale) Mi pobre hijito! (devantando)

¿Que suplico! Tener que represen-
tar una comedia en el espíritu so-
bre saltado, con la atención vuelta ha-
cia un lecho de muerte, estremecido,
al menor ruido, por que espero, a cada
instante, ver llegar alguien que venga
a anunciar me el doloroso aconteci-
miento. ¿Si se lo fue hijo! Notar
con certeza, que quede un instante
distraída en la escena?

Senador. No, Señora.

Alfred. absolutamente no.

Julietta. Parece que se le va de un
tipo, Hamandane.

Alfred. Es natural... La señora
está preocupada, nervosa...

Julietta. Es un horror!

Senador. La señora estuvo adorable,
entendida? adorable! No ayó más
palabras?

Julietta. El señor estaba en el palco?
Senador (luzpada, conmovido) Me
vio? me vio! En el palco tercero
de la derecha, entendida? de la
derecha...

Julietta. Con un joven rubio.

Senador (radiante) Exactamente! Es
joven, entendida? mi joven, mi joven
ro...

Julietta (Después de consultar al re-
loj) Algunos de Vds. cono al doctor
Simas?

Empresario (fuera) Vamos con esto. Después!

Alfredo (pareando) Simas. ¿Yo
es uno que fue Presidente del Sport
Club?

Julista. No se.

Senador. Simas? ¿Sopen Simas, uno
que tiene el consultorio en la alta
de una zapatería? Se cruzan mu-
cho. Es una notabilidad, entien-
de? una notabilidad. Es un
poco de ciencia, mas, no tiene
quente, entien de?, no tiene quen-
te. Sabe mucho, mas enferma
por que en su mano está perdi-
do.

Julista. Como?

Senador. Mucha ciencia. Viene expe-
rimentando; comienza en casa,
con los animales, y continúa con
todos los dientes. Mas es una ilus-
tración! Sabe cada uno de los casos
perdidos escribe, después, una me-

monia...

Alfredo. Y cuantos libros escritas?
Senador. Hombre!... Ya debe tener una
 biblioteca... una biblioteca. (Otro
 tono) Tuve un sobrino en el cual ha
 so una importantísima experiencia
 en la antipirina. El pequeño se mu-
 rió, pero el Doctor Simas escribió una
 monografía que fue elogiada por
 todos las eminencias europeas. Es
 un portento, entiende? es una gloria
 de la medicina, mas yo no lo puedo
 verjama, en mi casa.

Julieto. Y entonces?

Alfredo. Historias!

Senador. Buenas historias? El señor
 me lo va a decir a mi que ya per-
 di dos sobrinos y un nieto con las
 tales experiencias? (A Julietta)
 quiere la señora un craso? Llame
 a Losada Barrozo. No sabe tanto

como Simas, creo que hasta now
sabe nada, mas tiene suenta. Yo
vi a Barros combatir un caso gra-
visimo de fiebre amarilla en un
barril de pie y una tassa de te.
Para enfermos de graves no hay
nada como el.

Julietta. Y donde vive?

Senador. No se, pero puedo averiguarlo.

Empresario (a la puerta) Julietta
voy a dar la señal.

Julietta. Estoy pronta. (Los golpes
de campana. Orquesta a lo lejos)

Alfredo. Si permites, volveré en el
otro entreacto.

Julietta. Como no.

Alfredo. Entonces hasta ahora. Hasta
ahora, señor senador. (Sale)

Escena IV

Julietta, el Senador, y despues, Blanca

Senador. Si en los modos... Con fran-
quese

Julietta. Oh, señor senador!

Senador. Aunque sea una indiscreción,
por favor, en fin, no es de mi cuenta que
es ese verso?

Julietta. Es poeta.

Senador. Solo eso?

Julietta. Tiene un libro: "Lirios blancos"
¿lo conoce? (El Senador hace una
mueca)

Clara (entrando) No encuentro a Am-
cis, Mande a Edmundo.

Julietta. ¿Dijiste bien. Aun llueve? (Va
al portigo)

El Senador (salido) No se expone,
entiende? no se expone. (Levantando

se el cuello) Yo ves... no se expone.
(Abre el portigo) Esto es campo. Creo

que va a cesar de llover.

Empresario (desde fuera) Julietta, estás

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

lista?

Julieta. ¿Lo estoy. (al senador) El señor se fureda?

Senador. No señora. Me voy al palco; estoy en mi yerro. Le dije que venia aquí un instante a traer mis felicitaciones a la gran artista, a nuestra Duse, ¿entiende? a nuestra Sara. (Quinto tono, confidencialmente) Voy a irme a buscar un personaje... La señora no puede ni debe salir a pie en este tiempo, ¿entiende? en este tiempo.

Julieta. ¿Se molesta, señor? (Se calla la orquesta)

El Senador. No es molestia, mi señor. Hasta ahora. Hasta ahora.

Julieta. Hasta ahora. (El Senador, muy ceremonioso, va saliendo. Se

lista se dejó caer en el diván, con
 un suspiro; 'ah, dios mío'. (Después
 de una pausa, a Clara) ve a ver
 quien está en escena. (Clara sale)
 'ah!'. (Con la cabeza baja y los ojos
 fijos en el suelo, queda algún tiem-
 po inmóvil; después, levantándose
 abre el portazo y contempla la noche,
 meneando la cabeza desalentada-
 mente. Toma un portavel del toci-
 dor, enciende los ojos, y tomando
 un pequeño retrato, amoldándolo
 como una joya, lo contempla amo-
 rosamente; lo besa, y, en mudos
 cuidados, lo coloca en su lugar. Se
 arregla los cabellos y continúa, a
 lo largo del comedor, abatida.)
 Tanto como yo le refiero su vida
 que me iría a decir como esta-
 ba! (Cogiendo en posesión de Clara y
 volviéndose repentinamente)

Clara (entrando) Ente en escena
el señor Castro. (Corrajados fuera)
Julita. Si viene alguien, pre me
 espere.

Clara. Si; reuora
El empresario (fuera) Julita!
Julita. Pronto! (Mirar rapidamen
te al espejo y sale)

Escena V.

Clara (Sola) y después Un actor
Clara (arreplando el teatro); Pobri
cita! No se como ella puede tener al
 ma para representar! Yo!; des me
 libe! Si fuese como yo, vanid! Que
 yo no representaba esta noche!
 Por ella ¿que va hacer? Es un
 extraño, este el teatro lleno, y
 luego ese monstruo de empresario,
 Don Emeterio. Nunca vi hombre
 igual... es de piedra! No se como
 ve, se ve de todo... Marques, el

actor de carácter, apenas podía andar
 en la crimpeta, y le obligó a re-
 presentar, saliendo, con un brazo,
 a la escena. Borrugo es, por fin
 no grita... ¿no? ... de mismo me
 de estar aquí que en otra parte.
 Esclava! Están engañados. (Leyen-
 do una tarjeta que se encuentra
 sobre el tocador) José Gervasio de
 Silva. (Pensando acordarse) Gervasio
 de Silva, ah! Es aquel que
 me suelta el pelo.
 Actor (fuera) Clorita!
 Clara (volviéndose) ¿Quién?
 Actor. ¿Hay aquí algo que beber?
 Clara. ¿Hay no.
 Actor. Entonces, hasta luego.
 Clara. Como va la obra?
 Actor. Muy bien. Exitos seguros.
 (Se aleja conturbeando)
 Clara. Voy a ver un poco. (Sale corriendo)

Escena VI.

Luciana, y después, Clara.)
Después de un corto intervalo en
que la escena queda sola, Luciana
levanta lentamente el cortinón y
espía, sabidamente vestida, envuelta
en un chal, dirige los ojos hacia
el comedor, murmurando, en un
suspiro); No está! (Entra, recues-
ta el parafusos en un rincón, saca
de los ropas, retira el chal de la
cabeza, descubriendo los cabellos blan-
cos y desaliados y queda immo-
vil. Al menor ruido vuelve asus-
tadamente la cabeza, se cubre, por
fin, recubriendo el vestido al cuerpo,
con mucha cuidado, para no man-
char el mueble, y queda cabizbaja
torciendo los frangos del chal. A un
ruido de paso levántase y clava
los ojos en la puerta. Clara entra.)

Clara (sobresaltada) La señora! ¿Ha
ocurrido algo? (Luciana encoge los
hombros) Muerto?

Luciana. Ah no, pero está en una
agónica preda puer. Solo dice: ma-
má! Se ha hecho todo cuanto huma-
namente puede hacerse. Mandé llamar
a otros médicos... mas nada! Cuando
Juliete salió el año anterior a los
perros de casa, mas ahora, po-
breto! - solo dice: mamá! Yo no
quería venir, mas no tengo corazón
para ciertas cosas. La pobre criatura
parece sufrir mas por la ausen-
cia de su madre que por la enfer-
medad. No gime, no pide nada, sol-
amente a Juliete. La señora comprende
es mi nieto, lo crié desde que nació.
No pudiendo hacer mas por él, que-
ría, al menos, satisfacer su última
voluntad, llevándole su madre, que

el Panto Llana. (Llora quedamen-
te.)

Clara (conmovida) ¿Qué está costando
en casa.

Luciana, ¿aun falta mucho?

Clara, Este acto y otro.

Luciana (Desconsolada) Entonces
no llega a tiempo y el pobre
muerde sin ver. Parece que la
pobre criatura no halla descanso
en la actividad, partiendo de
esto, sin la bendición de su madre.
Es como una criatura que se du
erme en una gran red y que
aun dormido, paldea, ¿no es
verdad? El no dice otra con su
¡mamá! Es un gemido. Pide a la
madre como el feto grande a
nuestro Señor. Quien sabe si la
presencia de ella no podría salvar
lo? ¿No puse ver, ¿no puse haber

meados a otra persona, mas, por se
venir yo mismo, para hablar
al señor Empresario, y decirle
toda. (Corrajados dentro. Levant
tan vivamente apitadas y melve
a sentarse) La señora no se imagina
lo triste que va a quedar aquella
casa, sin el. Y mi hijo? No se, no
sé. Será lo que Dios quiera. (Cor
rajados estrepitosos. Bon au riedo.)
Enton terminando?

Clara. Ah no. (Aparte) Ay, Dios mio!
Bon loco como esta Julieta con su hijo.
¡Que va a ser de ella!...

Empresario. (A la puerta) Oh, Glenta!
Clara. Señor. (A la puerta. Después
de una pausa, conmovida) Es, si,
señor!

Escena VII

Dichas y el Empresario

El Empresario. (entra impetuosamente y va derecho a Luciana, muy encorvado y res) Ocurrió alguna novedad?

Luciana. (de pie, tímidamente) El mismo, señor...

El Empresario. ¿Le muerta? (Corre hacia fuera: rumor)

Luciana. No, señor. Ella está fuera de pena; una agonía horrible. Solo quiere a la madre.

Empresario. Sí.

Luciana. Yo... no iba a venir, mas el señor emprende... en un caso como este una no tiene corazón para ver a un inocente sufrir.

El Empresario. Sí...

Luciana. y, entonces... yo vine a ver si el señor permitía a Tubeta ir.

Empresario. Ahorra?

Luciana. Antes de la muerte. El
pobre está en este que no se si lo
encontrará en vida...

El Empresario. La señora quiere que
yo vaya a llorar a su hija? Y
la otra?

Clara. En el final del acto.

El Empresario (golpeando el suelo con
el pie) ¿che?

Luciana. Es por que la criatura
no se muera con ese deseo.

Empresario. Que deseo! La señora
no ve que es un absurdo?

Luciana (enfemenamente) Absurdo,
mi señor, un hijo!

Empresario. Pues, no ve que ella
está trabajando?

Luciana. Pero un instante...

Empresario. Y el público se va a fue-
dar aquí agarrándola? o no, por
el amor de Dios! (Otro tanto)

Y que logra la curación en
esto? Si ella aun le pudiese dar
la vida, muy buena mas, que
va hacer ella alla? De jure,
¿que va hacer?

Luciana. Ahí mi señor, una ma-
dre tiene negocio que hacer jun-
to a su hijo. (Abrazadas
y palmos fuertes)

Empresario. Después fue a llamar
al medico? Si en vez de llevarla
la señora hubiere buscado un
medico, hubria obrado en su
acuerdo.

Luciana. Ahí ella es mi madre
y el pequeño la gloria. Yo
bien se que la pobre no puede
salvarlo, nada.

El Empresario. No hay mas. Qui-
ere, tal vez, la señora, que yo suspen-
da el espectáculo? ¿que va hacer

el público, ¿que se paga? Si aun no
 habrán comenzado; mas, ahora,
 con la prensa en la mitad. (Con una
 risa sarcástica) No faltaba otra cosa,
 tenera paciencia. Yo también tengo
 misos y astros aquí.

Luciana. ¿que le voy yo a de-
 cir, después, mi señor?
El Empresario (breve y rápido, cuando
 es irónico) El público tiene
 derecho de exigir.

Luciana. Olor, si el señor lo expli-
 case...

Empresario. Yo no tengo nada que
 me explique. La explicación
 es el espectáculo; ¿entende? ten-
 ga paciencia. (Palmas fuertes)
 Vea a sus médicos.

Olivia (a la puerta, sobresaltada)
 Aquí viene Doña Gertrudis.
El Empresario. Ahora esto me! (Sale)

8008
vendre à Luciana pour el bien
(bo) Oiga, quede aqui no se le apre-
verca: ni una palabra (Um blon-
dum) La señora comprende que
no es posible. Quede aqui.
Clara (aparte); Pobre señora!
Luciana (retrechando) ellos, dejeme
al menos salir. Pienso salir.
(Continúan los corcejos fuera)
Empresario. Ahon, no! Ella viene
aqui. La señora comprende: el
éxito de una obra depende de
la primera noche, de su estreno.
Tenga paciencia. Julieta sentí-
ra una grande emoción; es un
deseo, pobrecilla! — y no podrá repre-
sentar desmilitaradamente,
como conviene a su parte, que
es alegre y viva. Tenga pacien-
cia. Julieta se desmilita aqui.
Volv. Va salda después; va

en mi coche. (Besa algunas cosas
en los bolsillos)

Escena VIII

Dichos y Julieta

Julieta (entrando fatigada) ah!
(Sorprendida al ver al Empresario) - Vd. por aquí?

El Empresario. Vine a buscar la
comedia de Sosa... la tenía en
los manos y no se donde la
dejé. (buscando)

Julieta (a Clara) Vino alguien?
Clara. No, señora.

Julieta. Nadie.

Clara (lanzando una mirada
rápida al frente) Nadie.

Julieta (abriendo el portafolio) Y aun
llueve! ¡Que noche más fría! ¡Pobreci-
to! (a Clara) Edmundo fue?

Clara. Sí, señora.

Julieta. Dame un pañuelo.

Empresario. No se donde la dejó.
(A Julieta) No te distraigas; vete
allá.

Julieta. Tengo tiempo. (Atr. tono)
y la representación?

Empresario. Muy bien. Hasta San-
cher, el terrible crítico, que estaba
tan duro de pieles, ya se entregó.
(Donando) ellas tú y Castro. to-
da la escena del jardín.

Julieta. Parece que agra es mu-
cho.

Empresario. La comedia es ex-
celente. Ya lo decía yo.

Una vez! (A la puerta); Dña. Juli-
ta! (Luciana solloza; movimiento
de Julieta)

El Empresario (Empujándola) Vá-
mos! Ahora es tu entrada.

Julieta (Va arrastrando. Para el fondo
como desentendida; expando los so-

Moros de Luciana, corre 3095
da por el biombo, y, encuentran
con su madre, levanta ambas ma-
nos a la cabera, exclamando en
un grito angustiosísimo: ¡diti hijs!
¡mí hijs!

Una voz (a la puerta) Doña Julieta!
Doña Julieta!

Julieta (abriendo a Luciana) Ah,
madre!... ¡diti hijs!

El Empresario. (Perseverando sepa-
radas) tengan paciencia! La
escena está interrumpida! Dejeuse
de esto. ¿No va?

Clara. Vaya, Doña Julieta!
Julieta (volvándose) Y, tú, Clara.
(bajando ojos). Yo lo sé! (Señalan-
do al cielo a través del portigo) ¡Con
una noche como esta!

Voces (fuera) Doña Julieta! Doña
Julieta!

El Empresario (afligido) Ten-
ga paciencia... (Abriendo la
puerta a Julieta. Después
se cruza de brazos, ante una
señora que llora) En esto
lo fue la señora puerca.

Luciana. Yo no tengo la culpa.
No me puede contener. Ella es
mi madre, señor! (Murmillos
fuera)

El Empresario (volviendo a
eser) (Encaminándose hacia
la puerta. Retrocede al ver entrar
a Julieta, sollozando, seguida
de actores y comparsas furiosos)
Que es esto?

Julieta (prostrándose en la otoma-
na, en una gran desespera-
ción) Mi hijo! Mi hijito! / Pobre
hijo mío!

Empresario (furiado, dando patadas)

en el suelo) Muy nosotros estamos
 a pie por trabajar o... Entre
 una empresa, en una casa de
 negocios; Paga! Quien quiere
 entregarse a sus tareas no
 se emplea; Buenos fines. Yo tam-
 bien tengo mi disgusto y a qué
 estoy. Muy bonito, muy bonito!
 (hablando a fuera) Morder bajar el
 talón!

Escena IX.

Los mismos, El Senador y
Alfredo. (El Senador y alfre-
 do entran precipitadamente
 en ansiedad e interés)

Alfredo. ¿Qué es eso? ¿Ha veni-
 do algo?

El Senador. ¿Qué ha sido? ¿Qué sor-
 prendido, ¿qué sorprendido.
 Pense, al principio, que era de la
 obra, mis cuentas se bajar el

2003
Telón, entiendo? ¿El pequeño?
Empresario. (Acarde), Historias!
¿Quien es quien trae la noticia
de la muerte a un teatro? (a
Eliciano) Es la señora? ¿Que hace
aquí?

Eliciano (humilde) ¿Que habia yo de
hacer?

Empresario. ¿Que habias de hacer?
¿Que habia de hacer!

Yulista (en un impulso, lloran-
do) ¡Ella es mi hija, Don Em-
prensario!

Empresario (fuera de si) ¿Y que
tengo yo que ver con eso!

Alfredo. ¡Oh! ¡Oh! (Actores
y criados forman grupo a
la puerta)

Empresario (a Alfredo) ¡Oh! ¡Oh!
¿Que? ¿Que meta donde
está la Honra...

Senador, la evolucion es na-
tural, entiendo? es natural.
Empresario. Natural... natural
es eso, sabe el señor? Ahora voy
allá y dígame al público que
el espectáculo no puede conti-
nuar porque meo una criatur
va... No puede hacer un príncipe!
Julietta (con un ímpetu) Ah, no
Emetens... no sea cruel!
Alfredo. Ellos, ¿dónde podía suspen-
der el espectáculo.

Empresario. Suspender el especta-
culo?... Es muy bueno de decir,
mas el señor no me paga la pas-
sajio, ni el señor ni nadie.
(Otro tono) Yo no puedo saber
lo que pasa en casa de mis
contratados: aquí, sólo quiero
trabajo: por los pape. Y no
hago excepciones. Vienen naciones

005
otro diciéndome que perdí
a un hermano... y yo que
tenga la confianza en los
míos... Yo se... Yo se... (furioso)
Aquí no me entra más nada
Ere idiota de Antón, el porte-
ro, es el culpable. ¡Sale qui-
tando! ¡Salir Antón! ¡Salir
Antón! ¡La voz se pierde
lejos)

Luciana (al Senador) ¿Que
culpa tengo yo? La naturaleza
aprovecha llamando a su
grado... ¿Que haría Ud., señor
Entonces, ya no hay caridad
para un pobre viejo? ¿Don-
de se vio una cosa así?

Alfredo. Es un bruto.

El Senador (muy nervioso) Yo no
se, no se... Si estuviera en mis
manos... Mas el pueblo, enton-

de? el pueblo es el diablo. ¿Se
se le va a decir al pueblo? (El
rumor crece)

El Impresario. Ahí tienen... Ya
el público empieza a albor-
otarse. (A Julietta, ablandan-
dose) Bien ves, que no voy yo
quien exige...

Julia (de pie, arrebatadamente)
¿Dónde tiene razón.

Impresario. No me cuentan
que es justo? (A Julietta) Tu
dolor es muy respetable, mas,
que se va a hacer, hija mía; el
mundo es así. (Con blandura)
Ya mande decir al galán algunas
palabras al público, que le dé
una explicación: que tuvieres una
luz en tu conciencia. (Bastante)
Ah, esto de lidiar con el público
el Senador. Es un horror!

Julietta. Estoy pronta...

Luciana. Ve, hija mía. Yo
de ver lo fue Dios seriosa!

Julietta (al Empresario) a sus
ordenas... (a Luciana) Vete, ma
ma; tu haces mucha falta
en la casa... (al Senador) El te
mor no manda venir en corru
aje!

Senador. Si, señora... por causa
de la noche.

Julietta. Vete, mamá. (Al Em
presario) Poderoso es... (Y
en la puerta, a Luciana) Hija
ta tuego... (Se detiene un momen
to, cogiéndose los ojos, y sigue
después, en un arranque supremo
de voluntad)

Luciana; Pobre hija mía! (Oye
se el rumor del telón que sube.
Salva de aplausos)

El Senador. Es horrible, entiendo horrible. Una pobre madre. (A Luciana) El coronaje está al sus ordenes, entiendo? a sus ordenes.

Luciana (humildemente) Si, señor, si. Muchas gracias, muchas gracias!

El senador. Yo estoy en la puerta. (A Clara) Hasta mañana.

Alfredo. Con permiso. Adios, Clara! (Saliendo con el senador) ¡Ah, qué horrible la vida del artista, senador!

Luciana. (ponere a recoger los ramos y las flores mueltos por encuentro: encontrándose en la miriada fija de Clara, se detiene como avergonzado) No me de mi hijo?

Clara. Si, señor. Quiero llevarlos?

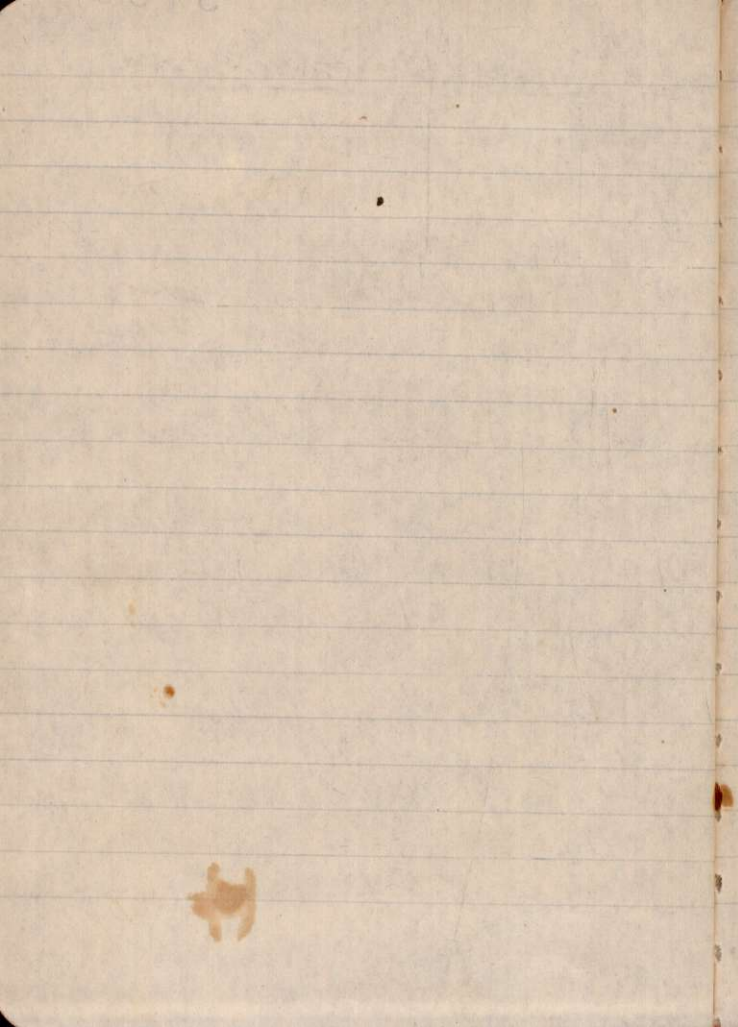
Luciana. Si, hija mia. (Car-
cadas fuera) Estoy en el
corazon muy apretado. El ya
estaba dando los apretados
cuando yo sali. No lo vere
nun en vida. Ah, estas flores
seran para cubrirlo. (Pone las
flores que estan y, abarcando
los, dice tristemente) Adios,
adios! (Toma el paraguas y
encomiense por la puerta,
detienese un instante meneando
la cabeza desoladamente. Sale
Blom va al tocador, y queda pa-
sado, en la azafra. Carca-
jados estrepitosos. Blom re-
estremeciendo, lanza en torno
una mirada angustiosa,
y a la explosion de nuevos car-
cadas y de nuevos aplausos
cae, de golpe, abatida,

3155
sobre la atonía, sollo-
zando nerviosamente)

Veloz y rápido.

Fini de la obra.

Santa María 12 de Febr
ro de 1924.



Francisco Villaespesa

3101

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

Bonanza.

(Comedia en un acto
y en prosa original
de Goelho Netto)

Adaptación al castellano
de Francisco Villaespesa

Santa Mana 12 de febrero

1929.

Personajes

Adelaida - 10 años -

Damiara - 60 -

Leonor - 16 -

El Padre Aurelio - 65 -

Lucio - 18 -

Amadea - 25 -

La acción en un pueblo de
la selva americana. Época actual.

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

Acto Único

Salón nobles, pentagonal. Mobiliarios y ajuar de gusto distinguido. Puerta a la izquierda, en segundo término, larga puerta al fondo, comunicando con la terraza, en la cual se ve la escalera que desciende hacia el jardín. A la izquierda y a la derecha, en las fajas laterales del fondo, puertas que se abren sobre galerías cuadradas. Por la primera se ve un salón amueblado a la japonesa; por la segunda, otro salón ornado de plantas. Puerta a la derecha, en primer término, que da a una habitación.

Escena I

Adelaida y Leonor

[Adelaida arregla los cuaderanos de m. unca en el estante. Leonor, en la galería de la izquierda, habla,

en tono risuero, golpeando acen-
tuadamente las sílabas.) -

Señor Dominus vobiscum...
Dominus vobiscum - (Bengosa)

Anda, lorito... Dominus...

Adelaida (riendo, para sí) Diablu-
ras...

Señor vobiscum. (Un momento
de pausa. Risa argentina) Así!...

Muy bien!... Anda, lorito!... Otra
vez!... mas alto!... Dominus vobis-

cum. (Risa) Ahora un besito
a su amita. (beberroteando
un beso) Ah! Ah, como sabe...

Adelaida. Deje al pobre pajar
en paz, Señori.

Señor (entrando) Mamá; ya
viste? ¡Que gracia! Me costo traba-
jo, ma termino diciendolo, todo entu-
mado, alargando los ojos. (Frotan-
do al papagallo) Dominus Vobiscum...

(Rita) Yo quiero ver la cara que pone el Padre Auselmo cuando el lorito lo vea en ese latín de Iglesia.

(Damiana aparece subiendo lenta y cansadamente la escalera de la terraza con un gran ramo de ramajes y de flores. Se para un instante en la terraza, descansando, y entra)

Escena II

Dichas y Damiana

Damiana (desbofandose); Uf! Mis piernas...

Leonora. (mirando a Damiana) Mira, mamá. Y diga despues que la exaferada soy yo!

Adelaide. Mas, que es eso, Nana? Donde quieres meter toda esa selva?

Damiana. Selva? (mostrando las flores) Entonces, esta es selva? No se preocupe de nada. Yo se lo que estoy haciendo.

Adelaida Estase vando!

Damiana, Conosco al padre Anselmo. Nunca me he de olvidar de él, fue, con ellariano, andando el día entero, metidos en la selva, buscando paravitas!

Adelaida, das nadie duer mit con jaz mines en su alaba, Nova Damiana. Y porque no? Me quiere Vd. deus.

Leonor. Porque matan Damiana (haciendo una mueca) Ah! (otro tono) Si las flores matasen Santa Victoria seria un cementerio (Pensando) Despues de todo el Padre Anselmo hará lo que quiere, y cuento acabado. Yo lo que deseo es que el sea. Que me acuerden de sus gustos. Adelaida, ¿dónde vas a ir?

car un ramo tan grande 3104

Damiana, ya le en contravil-
gar. Este va tranquilo. (Enten-
en el cuarto resfresquandos)

Es cena L L L

Dichos. Damiana (en el cuarto)
Adelaida. Apriette como esta
semeja mas una estufa que un
cuarto de dormir. Lo que vale es que
el Padre Aurelio no es como
nosotros: si la cosa no le agrada,
Leonor, Nana hasta rejuvenecio
con la noticia de la llegada del
Padre; este atra. Ya me se acuer-
da de su reumatismo.

Adelaida. Viene raxon la
pobrecita. Se arrece desde niña.
Es uno de los pocos que que-
dan de un tiempo.

Leonor. y no viste, mamá, la
cantidad de dulces que le hecho?

Los testantes de la desponsa
están aborrotados. Y aun hoy
misma, pasó toda la maña
na haciendo respuillos y
hojaldras.

Damián (desde dentro) Señora,
este crucifijo queda aquí mis-
mo?

Adelaida. Donde?

Damián. En la mesilla de la
cabeceira?

Adelaida. Y donde va a quedar?

Damián. Pues donde? En la
comoda. En la comoda
está mas seguro. Que por-
ta sea saber, estando en
la mesilla, se puede dar un
encuentro, y allí va la
Santa. Tráigala. Ahor mis-
mo fue un verdoso milagro
que no la desorbitase con

el ramo. Todo esto está 31 05
obstruido! Mejor está el Crucifi-
jo en la cornisa!

Adelaide. Calvicie donde
quieras. (Leonor y Adelaide
cambian señales, sonriendo)

Damiana (dentro) ¿y el peine?

Leonor. ¿Que peine?

Damiana. El peine nuevo.

Leonor. Está en el lavabo.

Damiana (dentro). En el lavabo.

Dónde? Ah, está afuera (Se

la oye murmurar entre dientes)

Adelaide. (a media voz) Hable.

Leonor (con el mismo tono) Ni

que me oye se está callada. La

oigo desde mi cuarto. y me

siempre refanoso en los cuartos.

A veces me asusta en sus pe-

salillas. ¡ Este noche fue un horror.

Tuve que despertarle para poder

dormir.

~~Leonor~~. ¿Que edad tendrá Na-
na, mamá?

Adelaida. Cilas de sesenta.

Leonor. Pues, ay, si no fuera
por sus achaques...

Escena IV

Didley y Damiana (que sola)

Damiana. Se se pudiese conse-
guir un poco de hierba de San
Juan.

Leonor. Hierba de San Juan? Para qué?

Damiana. Para echar en la
sopa.

Adelaida. Para qué, Nana?

Damiana. Con qué? El Padre
Arselmo no estuvo en Francia?
Ame las cosas de su tierra, como

yo. Si el basto en el papel una
tabaco de esta tierra...

Leonor. ¿Que es mas viejo, Nana?

tu o el padre?

Damián. Debemos tener la misma edad, pero no, o mejor diciendo el canto su primera misa era ya una misa de diez años. Me acuerdo como si fuese hoy! (Suspirando) Buenos tiempos aquellos! (En alto tono) y Amades, ¿dónde está?

Adelaiden. Es verdad. (Damián va hacia la terraza)

Damián. (Después de un momento, hablando hacia el jardín)
Hombrer, tu estas bueno por ir a buscar la muerte! (Volviendo hacia la escena) Ahí está Amades.

Adelaiden. ¿Salo?

Damián. Salo.

(La madre y la hija se acercan sorprendidos y se adelantan hacia la terraza)

3075
Escena V

Dickas y Amades (que aparece
por la izquierda)

Adelaida (a Amades) ¿Que es del Padre
Anselmo?

Amades. Se fue al Hotel Central.
Señor. Al Hotel?

Adelaida. ¿Como al Hotel?

Damián. (aparece dumbando) ¿Babosa
visto hombre!

Amades. Dime con un joven y está
calle con él.

Damián. ¡Que joven mi que ra
a!... ¿Es su hijo del Padre...

Adelaida. No le dijiste que le
esperábamos?

Amades. Sí lo dije, señora. ¿
que su habitación estaba lista.
El me dijo que le avisase a él
que iba al Hotel a dejar sus mate-
tos y que al instante vendría a

saludarlos.

Damiara (cruzándose de brazos).

¡Eso bueno! ¡Eso bueno!

Adelaida (a Amades) ¡Esa bien!

Puede irte (Amades se retira)

Escena VI.

Dichos, menos Amades

(Un momento de silencio)

Damiara. La gente tomándose tanto
ticho y el señor Odo Anselmo u
se viene para acá. ¡Basta es la
que se cansa. Si él no tiene un
viejo...

Adelaida. ¡Quiere parecer a sus
anchas.

Señor. ¿donde quedará el mas
de sus anchas que a pie?

Damiara. ¡No lo que es. En un
tro político y allí se fue para
embarcar en ellos. En Santa Uta
vía era lo mismo. Tiene una

cachada! En el tiempo de elección,
nadie contaba con el Padre
ni por llorar en últimos con-
suelo a un moribundo!

Adelaida No diga tanto, Ma-
ma!

Damiara Como tanto? Si es sa-
brido! Muy bueno, ¡un santo!
mu, si se muere en tiempo de
elecciones, Dios no lo perdonará, no se.
Será capar de morir sin confe-
sion. (Refunfuñando) Un joven!
un joven!

Leonor ¿Le alivia?

Adelaida Ahora, pero se puede
como está.

Damiara De cierto! Lo bueno
por el la vea.

Leonor (A la puerta del cuarto)

¡Que pena!

Damiara ¡Y yo me estoy con todo

En el día me acordé de hacerle
dicho, ¿...

Adelaida. Le fuí; él tendió sin
duda sus brazos.

Damián, ¿me quieres! Él lo
que está es conversando con política
y gente de los papeles. Es muy
capaz de entretenerse con ellos y
no apasos por aquí hasta la
noche. Yo fui criada en casa de
políticos. (A Adelaida) Su padre
era muy bueno y me quería
¡dijo me libre! Pero fue el político
solo el culpado.

[Señal la campesina. Las mujeres
resurren alborada, hacia la te-
rresta. Un momento de silencio.

Amadeo (fuera) Esta es el Padre
Anselmo.

Adelaida (habla se hacia el padre)

Muy bonito! Vienen a visitarlos y se quedan allí.

Lemur (idem) Eso no se hace...
Dominica (idem) Blerta parece
 un deprecio.
 (El Padre Anselmo arrue en la
escuela, las mujeres corren a dein
brilo, besándole la mano y
ansale.)

Escena VII

Dinos y el Padre Anselmo,
 (El Padre Anselmo entra entre
Adelaida y Lemur. Dominica es
como aturdida.)
Padre Anselmo. Hay varones
fuertes, poterosimas, amigas
mias. (Respira en desahogo.) Lo
ado con nuestro Señor que los
ves a todos en salud! (Adelaida)
Bendiga te Dios! Estas hecho una
muertura! (acompañándole las
mejillas) Y vd muy buen, Señor
Adelaida... Nana, tan fuerte; señor

por la misma!

Damián. Se va tirando, Padre. Ya
es el que está todavía joven, gracias
a Dios!

Padre Anselmo. La buena orden.
Cuando el rebaño es dócil, el
pastor descansa. (Se cuentan todos
con excepción de Damián)

Damián. Como va Catalina? Padre
Padre Anselmo. Como te de cr-
ta porcella? Tú eres la que tiene
fibra de ley, buen tronco.

Adelaida. Buen viaje?

Padre Anselmo. Regular. Hasta
mitad del camino mucho calor
y polvo. Felizmente tuvimos
luz.

Damián. Y aquella gente,
por allí?

Padre Anselmo. Sin novedad.

Adelaida. ¿El hijo de Antonio?

Vargas?

Padre Anselmo. Se marchó a la Ciudad, y con poco mucho, delirado como estaba y metido en juerga, el pobre se enfermó.

Adelaida. ¿Físico?

Padre Anselmo. ¿Quién sabe? Una verdadera desgracia, señora, una calamidad.

Damián, y Nora? Es verdad que destruyó el casamiento? (Gesto dramático del Padre) Y por qué, mi Jesús?

El Padre Anselmo. (con maliciosa sonrisa) Eso, ahora, mi amiga es secreto de confesión. (Adelaida) Santa Victoria es la que está haciendo un Pasión. De hoy mi, por ahí, por el hallazgo; Valerio es un administrador

manojillos.

Adelaida. Es contentísima con
el.

Padre Auselmo, y por que no va
yo, por Navidad, hasta allá,
a ver las obras y las plantaciones?
Adelaida besa la cabeza y hace
un gesto negativo. Un momento
de silencio.

Damiana, (conmovida) Antes no
se lo hubiese llevado, al menos
sabríamos donde sus restos reposa-
ban. La señora tiene razón. Yo
tampoco tengo valor para ir
a aquellos sitios, ver de nuevo
aquello, donde todo me recuerda
tantas cosas...

El Padre Auselmo (después de un
silencio) tu no crees en Mila-
gro, Damiana?

Damiana. Yo?; Como no! Se ve tanto!

Padre Anselmo, ¿qué entones?
Damián (con unión) El po-
der de Dios es muy grande...

Adelaída, Si es, ... mas... (En
otro tono) Milagros!... ¿Qué milagros
podría suceder? ¿Qué milagro a
parecer?... (Mueve la cabeza
con incredulidad renegada.)

Padre Anselmo, Dios no prefiere
sus misericordias.

Adelaída, Vd. padre, es la
propia Esperanza.

Padre Anselmo, Soy un hombre
de fe.

Damián, y de mucha santidad,
me acuerdo de don Basilio. (Otro
tono) Ya se habla v.d. con el Pa-
dre?

Padre Anselmo, Porque no? Tenemos
disputas junto a los urnas
electorales; él es toro; yo tam-

bien. Fuera de esto, 3111
amigos.

Adelaida (levantándose) Pues es
verdad. Le teníamos preparado
su alcoba (a la puerta del cuarto)
sin lujo; mas aquí estará mas a
sus anchas ^{en} el hotel. Venga
a ver.

El Padre Auselmo (a la puerta del cuar-
to, maravillado) Ah, esto me es
cuarto de sacerdote. Flores, cintas,
columbo de seda. Pan el que vive
entre creatos pardo, ancaledos,
durmiendo sobre una tamiro, es-
to es de una oipiere de los Nul y
Una noche. ¿Quién fue el hada
que hereda por allí con su vorte
mágica?

Leonor. Todas nuestras. Cada una
tiene algo. Nona trajo los flores.
Damiana. Para nada. (con pena)

Yo. (Movimiento de hombros)
Mamá lo dirigió todo...

Padre Auselmo. Esto es para
un príncipe!... y yo no llegué
a un cardinal!... y apellidos
que ahí allí? Es la composición
maravillosa.

Adelaida. Es un jony, pero
llamó al criado. (El Padre
abre los ojos maravillado)

Damián. Buenos, padre, la
obligación me está llamando. Toma
vd una tarrita de café?

Padre Auselmo. Mas tarde.

Damián. Buenos.

Leonor. Yo también me voy. Quan-
do acaben de conversar, quisiera
que vd vea mis flores, mis
muñecos... y mi papigallo.

Padre Auselmo. Y un soprito de
rosario? (Espruces de un beso)

Lemur. Buenos. Floate ahora.
(Domiana y Lemur 311.2 en
la salita de la experiencia)
Domiana (preocupada). Espera,
muchacha; ¡ah, tanto luz y tantos
cumplidos en ese estúpido!
Lemur. Estupidos! ¿Que está diciendo?
Floate, lo está? ¡Metete en
ella, anda! ¡Vieja regañona! (Rie)

Escena VIII

El Padre Auselmo y Adelaida
El Padre Auselmo (queriendo salir
a Lemur) ¡Bendito sea Dios!
Esta ya tiene una vocación...
(En otro tono) Pero vamos a hablar.
(se siente) ¿Ud no estaba con mi
go por acá este año?
Adelaida. Principalmente en
este tiempo, en vísperas de
Navidad. Su telegrama dice
que piensa ¿que pasa, padre?

Padre Aureliano, Nada, returna
vuelto a traerle una buena m-
ticia.

Adelaida (sonriendo triste-
mente) A mí? ¿Que será? A mi
edad las buenas noticias solo
pueden venir del cielo.

Padre Aureliano. Pues por qué
con verdad, que le traigo no
tiene otra providencia.

Adelaida (con una sonrisa con-
trita) Me está Ud. imponiendo
algo, padre.

Padre Aureliano. Pues, no Advisoria?

Adelaida. Yo?

Padre Aureliano (con tono misterioso)
Solo Dios puede remitir los pecados,
Dios, Dios Adelaida, ¿traer del
misterio los desaparecidos.

Adelaida (después de encorvada los
brazos en voz sorda) ¡Me hipó!

(Señal afirmativa de Adda, que
 se levanta. Arrebatada) ¿tú
 ¿al alguna noticia de él?
 Padre Auselmo. Voy a decirle.
 El sábado pasado, a la noche,
 llovía, y yo estaba leyendo en
 un rincón, cuando llamaron a la
 puerta. Fui yo mismo a abrir.
 Era un pobre mozo que me pedía
 comida en nombre de Dios. Lo reu-
 bi en la sala y como venía em-
 papado, hice cuenta por de por
 confortarlo. Después de comer nos
 pusimos a conversar, y después
 de los primeros palabras, parecía que
 tenía en mi caso a un pitaco.
 Addaída. ¿el le dijo?
 Padre Auselmo. Preguntaba
 fúera eso, de donde venía, pre-
 tendía en la orilla.
 Addaída. ¿el?

Padre Anselmo. Respondió me
como una criatura perdida. - Que
no sabrá."

Adelaida. Como?

Padre Anselmo. Explicando sus
palabras equivocó, en un tono muy
sencillez, un trazo de angus-
tias, olvidado de muchos, pero
aun vivo en muchos corazones
que yo soy en uno principalmen-
te, me está muy cerca del mío.

Adelaida. Glorio de Julio!

Padre Anselmo. Glorio de sí, pue-
to que era el propio Julio.

Adelaida. Julio! (gesto afirma-
tivo del Padre) Julio ese mismo.

Padre Anselmo. Si, Julio.

Adelaida. Oh, no es posible, Padre
Anselmo. (Queda un instante sus
ojos con los ojos extáticos. De repen-
te, tomándole los manos) Ya tiene

la cetera, padre?

Padre Auselmo. Toda! (Eucarouse al
gun tiempo. Con misterio) Por mas
que a nuestro espíritu repugna a-
ceptar ciertos fenómenos, tales
como los llamados adivinos, estamos
obligados a admitirlos por la in-
fluencia con que se producen. La Pro-
videncia preparamos en sus presen-
tamientos para sus castigos y sus
mercedes. (Catastro) Cuanto clare
mis ojos en ese momento, que venia de
la noche, hubo en mi corazón un
temblor que era un presagio; el
alma toda se me abrió en un mo-
mento y fue hacia el cielo llevada
por la mano de Dios.

Adelaida. ¿Te reconocí? ¿Vine
la cetera que es él?

Padre Auselmo. Cuarenta años
de intenso trabajo apuraba un

hombre! En el misterio difícil de
conocer las almas y de extraer de
las palabras la esencia de la Verdad.
Lo vi nacer, lo bautizar, lo amé como
se ama a una criatura a quien
se ayuda a afirmarse en la vida;
lo tuve siempre ante mis ojos hon-
ta, el triste día de su desamparo.
Y el pueblo se taló el modo, trayendo
reminiscencias oscuras de la tem-
porana edad en premoniciones a des-
deñadas, que mis últimas lán-
das fundiéndose en lágrimas.

Adelaida, y él?

Padre Anselmo El... Pobrecito!

(Un momento de silencio)

Adelaida, y el es el mismo que viene
una Vd?

Padre Anselmo, El mismo.

Adelaida, y ya sabe?

Padre Anselmo No, no sabe nada. Está

cientos de fuegos le traje pasados ³¹¹⁵ a una
colocación en el comercio. (Pausa); Tal vez
reparas! En los días que pasó en la villa
y en Santa Victoria, no lo perdí de vista
un momento, observándolo por un cerco
o por un árbol. Andando por los caminos de
la infancia, parecía, aunque sea una
la comparación, un perro de casa
olfateando un rastro que le venía, miran-
do, reparando en todo, de ojos fijos, y sentí-
asele, en la tortura de la fijación y el
angustioso esfuerzo de la evocación. Tenía
apenas tres años cuando se lo llama-
ron; tres años! ¿Qué es esto? Un cerebro
pequeño y tierno, donde las impresiones
se substituyen las unas a las otras como
las ondas de un río impulsado por
el viento; ¡Pobrecito! ¡Dios, al fin, alí-
guente al, gracias a Dios!
Adelaida. ¿Y Leonor?
Padre Anselmo. ¿Qué tiene que ver Leonor?

Adelaida. Esta mora... (Encara al padre
con mirar desvanecido. Voz estruendosa) En
homtre surge, nadie sabe de donde... de la vida
y de la muerte...

Padre Anselmo. Como de la Muerte?

Adelaida. No se... (apitada) Tengo miedo,

Padre Anselmo. (Comunado) El hijo que
perdi, aun lo tengo en los ojos. Lo ves... Es?

(De repente, aterrada) ¿Y si no fuera él? ¿Si
fuere una tracción? El mundo es tan malo!

Los que lo sobaron bien pueden ahora querer
varse... o perderme a la otra. En mi situación,

vista, con una hija mora, recibir en mi
con un hombre que no se... Pienso bien, pa-

dre Anselmo, pienso bien...

Padre Anselmo. Es su hijo?

Adelaida. ¿Y Ud. lo sabe? ¿Lo puede garantizar?

Padre Anselmo (con autoridad). Lo garantizo!

Adelaida (incredula). ¿Lo garantiza! El tiempo mu-
tanto... (Con volubilidad) ¿ese hombre conservará

en el corazón los buenos sentimientos... ¿Podrán
renacer en él las virtudes? Podrá amarnos?

con el respeto que uno debe, viniendo de donde
viene; de la irresponsabilidad salvaje de un vaso
libre? (Bestos de incredulidad)

Padre Anselmo. La bendición 3116 me
logo de transfigurarlo. Será como el fuego en un
campo inculto; se llevará todas las migra-
ras dejando la tierra limpia para la semiente
en el futuro. Su secreto es justo. Mas la verdad es
que Ud es la madre de ese infeliz y le debe lo
que su corazón molea dios y el le redema, con el
doble derecho de hijo y de desgraciado.

Adelaida. Tengo miedo.

Padre Anselmo. Sus dudas van a disiparse.
Pase tener tiempo de conversar con Ud lo deje
en el Hotel, recomendando al hotelero que
a las tres en punto lo hiciera acompañar
hasta acá por uno de los criados (Consultar
el reloj) Son justamente las tres y el hotel está
a dos pasos. El no fue de tardar. Va a verlos
a ojos.

Adelaida. ¿Qui?

Padre Anselmo. ¿Dónde, entonces? (Adelaida in-
clina la cabeza, vacilando. El Padre la contempla
miedosamente. Amados aparecen en la terraza)

(Gesto negativo de Licio) No sabe? ... ellos entonces, son solo
las mujeres las que tienen la buena ventura? Una ya me
dijo que había de ir a obispo. Y estoy caminando
hacia la mitra, mas a para de tortuga.

Licio. Algunas leen y aciertan; los viejos.

Padre Anselmo. Y nunca te leyeron tu vida? (Li-
cio dice un gesto negativo) Pues, mire, dejame de
hacer la bulera de una mano interesante.
Yo lo aseguro.

Escena XI

Dichos y Adelaida (Saliendo de la galería de la
izquierda Adelaida detienese a la entrada, mirando a
Licio por esta de espaldas. Adelantase lentamente, conti-
nuando su visible conversación. El Padre va a su encuen-
tro, Licio envuelve y al dar con ella perturbase, atamanta).

Padre Anselmo. Aquí está el muro de que le hablé.

Adelaida le saluda con la cabeza. Licio le estremece como un Silencio.

Adelaida. Vamos a sentarnos? (Sientase. Pausa. a Licio) El
Padre Anselmo, contome su historia, de veras interesante.

Padre Anselmo. Una verdadera novela (Lombrías una).

presivas Licio baja los ojos y Adelaida aprovecha su turbu-

ra para examinarlo det en la mente. A Licio) Vamos allá.

cuanto a la rectora lo mismo que me contó ayer. (A Adel-
aida) Hay ciertas cosas que solo tienen interés de a-

chos por el.

Adelaida (con otros muros) Hable. No tenga enojos.
(Licio levanta la mirada y sonríe) No tenga vergüenza de nada.
Licio (Después de vacilar, tímido) Yo le dije al Sr. D. Licio que me en-
taron.

3118

Adelaida, ¿quién?

Licio. La mujer que me crió, Marcos, un hijo y otros.
Me robaron.

Adelaida (ansiosa) ¿Volverá a verla? ¿Se acuerda cómo fue?

El Padre Anselmo (baja a Adelaida) Déjelo hablar.

Licio. La mujer parece que me acuerdo. Mas, ¿por qué repuento?

Adelaida. ¿Qué edad tenía, más o menos?

Licio. No sé. Era muy pequeño.

Adelaida. Mas, vamos, cuenta.

Licio. La mujer me llevaba siempre consigo, y cuando se
emborrachaba me pegaba, llamándose a empujón
de, maldiciendo a los que me había robado a los de su casa.

Adelaida. ¿Cuándo no había, en buena?

Licio (Baja la cabeza y después una sonrisa sarcástica)

Buenos días. Yo andaba siempre descalzado y todo lo era por
baja de la pesada lo echaban sobre mí. Una vez, por
causa de un animal que huía, dique en un barro en
la cabeza, tan fuerte, que yo quedé como muerto muchos
tiempos. Me sé como vivo.

Adelaida. ¿Qué edad tenía?

Licio. Yo no puedo recordar.

Adelaida y los otros? (Licio levanta el mirar así como si entendiera la pregunta)

Padre amplexant (enterniéndose) Los otros no la defendían?
Licio (Sonriendo tristemente) A mí?... Yo era de otra sangre. A esa gente les importaba más un animal que una persona. Ahora, imaginarse a un pobre como yo, de otra raza. Era peor que un cordero, y si me querían, entonces... ¡cuerpo!... ¡Cuanto veces comencé doliendo de la lluvia, acarreado por los ríos, ardiendo en fiebre, con la cabeza presionada estallar! Allí solo Mercedes...

Adelaida. ¿Quien era Mercedes?

Licio. Mercedes? Era una moquita. Bruta y buena como ella sola, en una voz dulce que parecía de llanto, unos ojos grandes, tristes, siempre húmedos. Mercedes... ¡pobrecita!... Era, sí. Vivía con el viejo Maror que la trataba como hija. Los dos hacían la danza a Borko, el aso el Maror, con el palo; Mercedes, con el pandero, cantando. Era buena y linda, pero muy enternida. Cuando tomaba un poco de frío poníase el instante a taser, que daba con fiebre, y aun daba más pena porque nunca abría la boca para quejarse. A veces estaba que no podía, y, aun mismo Bailaba y cantaba, sonriendo a todo el mundo. En la Barraca metíase

en un rincón, Bucosida, juntas, con la opio muy grande
parados, como si ya estuviesen muertos. Gustaba mucho
de mí; vivíamos siempre juntos, y en las mañanas iban
uno al lado del otro, jugando, riendo, **3119** me, a ve-
ces, en pie trestre en el corazón.

Adelaide. En de media?

Luis. Un poco más viejo, un poco. Yo en un rapu-
cejo y ella ya como mujerita. Fui ella media la
que me contó como ellos me robaron.

Adelaide (curiosamente interrogada) Y como fue? (At-
titud de atención de Adelaide y del Padre)

Jicio -
Yo estaba jugando a la valla del río, cuando los gita-
nos descendieron para tomar agua. Me encontraron
solo, y mientras una se quedaba de vista, el otro me
agarró, me tapó la boca y estro a correr conmigo.
Mercedes lo vio todo, y me dijo que mi casa era
muy grande, con un bosque de castaños enfrente y
el río corriendo cerca... (Adelaide cambia una
mirada en el Padre) y un corralo lleno de bu-
cías. (Al Padre, nombrando) En es solo lo que
falta allí.

Adelaide. Donde?

El Padre Aureliano. En el ingenio de Santa Victoria.

Adelaide. Ahí estuvo. (El Padre le hace una seña
para que se continúe)

Licio. Los montes eran altos, con mucha arboleda, donde cabían tantos alamos que consideraban merced, me dijo así, y cuando cogí en sus brazos me fue a besar, agarrándome sus manos, soltóme. "¿Qué es era hijo de gente rica, que mis padres tenían los pocos barcos en el río, una esclavitud muy grande y un mundo de ganados?" Yo quedaba pensando, pensando y lloraba!

Adelaida (conmovidísima) y lloraba?

Licio. Lloraba, no por la riqueza; lloraba por mi madre, por mi padre, porque, aun entre aquella gente, yo veía lo que valía la madre por los que la tienen.

Adelaida. ¿Te acuerdas de la mujer?

Licio. De mi madre? Se me olvidó, a veces, me acuerdo pensando y me acuerdo.

Adelaida. Recuerda su nombre?

Licio. Con un recuerdo me robaban, el nombre de mi madre era: Mirriana.

Adelaida. ¿Tienes la certeza de que en la ciudad?

Licio. La tengo, por lo que me lo dicen. Hasta era más conocido por el nombre de esta provincia que por el mío propio, pues había otro Licio, que era gitano.

Adelaida. ¿Y por donde andaba todo ese tiempo?

Licio. ¿Te acuerdas? Era gente en parte. Me compró el amo del río. Hoy por aquí, mañana

allí, repañándose y siempre hurtando,
me atando a los fuertes; los mujeres, leyendo la boca
de ventura, tejendo conatos; los hombres trabajando
caldereros, de herreros, componiendo arados y
dejei Maxor con el oto.

Adelaida. ¿Se angustia? 3120

Licis. Mercedes?

Adelaida. Sí.

Licis. Murio de frío en las montañas del Sal.

Adelaida. De frío?

Licis. De frío y de hambre. No teníamos que comer
el viento arrancaba los barrotes del suelo, la lluvia
colaba las huesas y de noche, de noche era la nie-
ve que todo lo dejaba blanco. Yo me quedé muy
largo, pero Dios sabe lo que me costaba aquello.

Mercedes murio de frío. Era morena y graciosa
como el hilo. Cuando la enterraron, cerca de
unos árboles sin hojas, yo quedé pensando: "¿Y
si ella me ha muerto? ¿Si está solo helada? Si despi-
erta, en el tiempo del Sal, aquí sola, ¿qué va a ser
de ella?" Mas el bando se finió. (Viene Adelaida.)

(Se) Fue así. (Un momento: como antes). La veía
en flor, solo de ojos cortados, como si hubieran sido
de los ojos! (Adelaida se continúa los sollozos.) Mas

(El tanto auselmo un alcaide que se calla. Una pausa.)

Adelaide. De suerte que hasta hoy el sector solo ha tenido
sufimientos?

Lucia. Me sufido y he de sufrir. La verdad es que con el
ajetreo me fue arastumbando a quella vida y en uno
de tantas desgracias, de cuando en cuando, des
puntaba alguna dia feliz. Veia tierras, ciuda
des, gente nueva, y caminaba distraido, con
los carros en un alfombrin alegre, cantando y dan
zando. Era una fiesta, ellas yo... (Un momento)

A mi lo que me hacia pensar era el presentir
esto. Las palabras de esos dias se queda
ron clavadas en mi corazon: "mi madre, mi
padre, mi casa, mi tierra." Un dia fui, termine
un dinerallo vendido, lo tome y me lance
a correr mundo.

Adelaide. De donde huys?

Lucia. De la provincia del Sur, donde ellos es
taban, vine corriendo los caminos, durmien
do en los ranchos, en los selvas, hasta
llegar a esta provincia; y preguntaba por
aqui y preguntando por alla di en el
gar llamado Bienavista, donde naci,
llegue ya entrada la noche, en un viento
bravísimo y sin almorzo que me tra
caso no veia el camino. Ellas sin tener puer
de mi y quise ir a la casa del Padre
que me dio la caridad de recibirme. Le
ente mi vida, y, dos dias despues, herimos
a un ingeniero grande.

Padre Anselmo. Santa Victoria.

Adelaide. y entus es?

Licio. Si no fuera por la falta de cercados de los
 chueyes, yo sería que había estado allí, todo pa-
 recía que me hablaba. Puro miedo en el cer-
 do, e imaginaba a cada cosa que me ma-
 dre iba a aparecer. Fue la primera vez en
 mi vida en que sentí el corazón apretado. Ge-
 nando vi el río, entonces, no se me pasó...
 ¡Una sande de! Sentíme en la barranca, y
 mirando al agua correr, me pareció que me había
 perdido otra vez repentinamente y que estaba allí
 perdido. Y tuve miedo, como si viera gente
 en la selva gitana, en el monte, caminando
 hacia donde yo estaba. Me puse de pie, con el
 corazón latiendo, y subí en busca del Padre.

Adelaida. Recuerda de algo?

Licio. A causa del parecido del lugar con el que
 me pintaba estar cado. Puede ser que no sea
 el mismo, puede ser, me a tal cual.

Adelaida. Como se llama Vd?

Licio. Licio.

Adelaida. Licio. Mas...

Padre Auselmo. no se acuerda de otro nombre? Va-
 si recuerda...

Adelaida. Licio...

Licio. (Narrativo) Es... (Después de una pausa, repite
 ándolo como en un sueño) Licio. Parece.

Adelaida. y ahora que pretende Vd hacer?

Licio. Yo? El Padre es quien lo sabe... Yo quiero
 buscar a mi madre, ¿verdad? Me ella se acor-
 da de mí, de mí, tal vez hasta hoy a mí
 está! Si yo supiera a lo menos el nombre de ella.
 Me an, a los ciegos. Me madre! ¡Mi madre!
 ¡Quién sabe si le podré encontrar! ¡Quién sabe!

Padre Angelino Realmente así una porche, ^{de}
una señal.
Adelaida, ¿no llevaba ninguna cosa cuando
fue arrojada?
Licio. ¿Que cosa?
Adelaida. Medallitas, una cruz de oro...
Licio. No se. No se.
Padre Angelino No se acuerda... Es natural... tan pequeño
no!
Adelaida. Así, aun me encuentro a su madre,
no le podré probar.
Licio. ¿Porque no?
Adelaida. ¿Como?
Licio. (Con viveza) Diciéndoselo.
Adelaida. Oh! Diciéndoselo.
Licio. Pues, ¿que voy a hacer? (Con calor) Si encuen-
tro a mi madre... no sé! Mas siento que el
corazón me ha de decir: es así!
Adelaida. ¿Y cuando la encuentre?
Licio. A mi madre?
Adelaida. Sí!
Licio (conmovido); ¡Ni lo quiero pensar!
Padre Angelino (Después de una pausa, comien-
do a la vez de la sala van dirigiéndose en comu-
n) ¡No se desanime! ¡Buena fe! ¡Es una muy grande!
Adelaida. Sus cabellos, ¿quien siempre vejis?
Siempre desde niño?
Licio. No, señora!
Adelaida. Rubios (gesto afirmativo de Licio en buches)
Licio. (Como refiriendo un pensamiento) La
señora no me preguntó si me acordaba de
otro nombre?

Adelaida. Si, Julio. Se acuerda?
Licio. (Con gesto afirmativo) En el comienzo, cuando
me llamaban Licio, yo quedaba sin responder, y
ya rapacillo, a veces, arrojado por las calles a
comunicando, yo era ese hombre. 3122
¡Pero! como si alguien me llamara muy capricho-
sa obsesión o en el fondo de la selva. (Reconstruye)
Julio. ... Ah, hoy! La vida fue yo llevándola
no me daba descanso. Después yo iba, se que, de
do alguna cosa la desgracia lo hubiera llevado
todo. Yo no tenía un momento más, y cuando me
volvía a dormir, en un solo sueño, de pronto,
fue perdiéndolo todo, olvidando y me fue
un tiempo para que llegue al olvido a mi madre es
preciso me suba mucho.
Adelaida. (Encorvándose) Lo es.

Licio. Tampoco mi madre me buscó (tristemente)
Adelaida. (En un impulso) ¿La busco? ¿La busco? ¿La busco?
Licio. Nadie! ... Mas, si ella me hubiera buscado, rica
como era (Adelaida clava en el padre sus
ojos avorados en los ojos) Los gitanos no van hasta
el fin del mundo! Ellos mismos que buscan
trabaja por eso, y la vida me lo demuestra siempre.
Cuando yo veía aparecer alguna mujer en
el campamento mi corazón crecía, y yo que-
daba tembloroso creyendo ser un niño.
Y cuando la mujer se iba. (En un arrebato) Me
me fue y yo he sido fuerte, señor! Solo Dios lo
sabe! (Adelaida la contempla con interés e
importante y para contener los ojos, levanta
de un golpe. Por un momento delante del padre
y encorvándose le clava en el rostro con los
dientes fatigados mirar)

Padre Auselmo (abajo, a Adelaida) Entince, ¿aun
tiene dudas? (Adelaida lo mira sin poder ha-
blar) Que le dije yo? (Adelaida, da la vuelta
y se dirige desueltamente hacia la terraza,
bajando la escalera. El Padre Auselmo se levanta
y se encamina también hacia la terraza. Al
pasar junto a Licio le toca levemente en
el hombro) Un momentito. Espera. (Llego a
la terraza, se detiene un instante y desfilando
hacia el jardín) Escena XII

Licio (solo)
(Veándose solo Licio se pone a mirar la sala, por
todas partes, como descifrando. Saca un cigarro
del bolsillo, lo destapa, lo tira de nuevo y se
lo lleva a la boca, mas no se atreve a encen-
derlo. Lo guarda de nuevo en el bolsillo. Incluye
las manos y se pone a silbar bajito una tonada
melancólica. Se fuma y se apurra, y en la mira
de fija parece seguir embelido al vuelo
de un pensamiento.)

Escena XIII

Licio y Leonor

Leonor (en la galena de la ciguirra, canturreando,
Papagallo leido

Licio (de pie, dorado.
Leonor (se inclina en la silla, atento a la voz, in-
clinarse curioso procurando ver la persona
que canta.) Que es eso, bonito? Porque está
hoy tan entusiasmado? (Licio sonríe)

¿dame la portita? (Entretácida) Se da un paso de
vds conuigo, señor Lector? (Entre irruamente, luego
se retira al dor con los ojos en Lector, quien tiene un
ceremonioso cumplimiento Lector se levanta. Des
nora muy por toda la sala, como si buscara a algu
en una pausa. Dirigiéndose a Licio) El señor de
sea algo?

Licio. Estoy esperando al Padre Anselmo.

Señor, ¿ve Ud. por un vaso con él?

Licio. Si, señorita.

Señor, ¿dónde está?

Licio. Salíam ahora.

Señor, ¿por qué?

Licio. Si, señorita.

3123

Escena XIV

Dichos y Damiana. (Damiana entra por
la galera de la izquierda con una bandeja con
café y biscochos. Damiana despaesito, cuidosa, con
los ojos fijos en lo que trae, al ver a Licio se para
un instante, sorprendida. Señor se adelanta

Damiana. Señor, aquí una, ahora se mesa.
Lector retira el jarro de flores de la mesa
del centro, donde Damiana descausa la bandeja.
Las dos buscan señales referentes a Licio)

Señor (baja a Damiana) El joven fue visto con
el Padre Anselmo.

Damiana. Ah! (Lato largo) ¿era fente? (a Licio)
Licio) Queden a sus anchas. (Licio se retira) Oh, oh,
¿dónde andará era fente?

Lector. En el jardín.

Damiana. ¿El joven aquí solo, (a Lector) llamo
al Padre Anselmo, díle que el café se entria. (Se
ñor sale por el fondo) Escena XV

Licio y Damiana.

Damiana. (Arreglándose a la bodega) El señor es de
Buenavista?
Licia. Soy de allí, señora.
Damiana. De qué familia? Disculpe la pregunta.
Licia (avergonzada) No lo sé, señora.
Damiana. Entonces el señor no sabe de qué fa-
milia es?
Licia. No, señora.
Damiana. Ni el nombre de su madre, al menos?
Licia. Ni eso sé, señora.
Damiana (mirándole con desconfianza) ¿Entonces la
mamá es? ¿Quién será este chico?...
Licia (como disculpándose) Salí de allí, muy pe-
queño...
Damiana. ¿Con quién?
Licia. Con los gitanos, que me robaron.
Damiana (con un impetu) ¡Al señor!
Licia. Sí, señora. (Pausa de silencio)
Damiana (como inspirada); ¡Alabre de Dios! (Acor-
cándose a Licia y mirando atentamente) El niño
y cómo fue, luego de Dios? (Otrora) ¿Cómo es tu
nombre?
Licia. Licia.
Damiana. ¿U es Julia, no? (Acorta negación de
Licia) ¿Mas cuenta. Cómo lo robaron?
Licia. Ciertamente no lo sé. Era muy pequeño.
Damiana ¿Y no se acuerda de nada? (curiosa)
Licia. No, señora.
Damiana (paralizada); ¡Pobrecito! (Pregunta pausa)
Entonces, no sabe quién es su padre, su madre?
Licia. No lo sé.
Damiana. ¿Y ya hablas al Padre Anselmo?

Licio. Ya.

Damiána. Y el que le dijo? (Licio se encoge de hombros; ella lo mira compadecida. De repente) Mire una cosa: el señor eso se acuerda de una negrita llamada Narciso, muy bulliciosa, que vivía riendo y cantando? (Señal negativa de Licio) No se acuerda de un negro viejo, que tocaba el tambor; el tío Licio? Vivía en una choca, cerca del río, haciendo paños. El señor lloraba de miedo al verlo.

3124

Licio. Yo?

Damiána. El señor. Yo ahora. (triste) Es que nosotros perdimos también un niño, llamado Julio, que los gitano nos robaron. (Licio abre mucho los ojos encarándose con Damiána) He hecho todo lo posible para encontrarlos, mas no me han podido enseñar. Los malditos gitano levantan al campo y se perdieron para siempre. Y, hasta hoy nada sabemos del pobrecito.

Licio. Era mi hijo?

Damiána. No, no; de mi ama. Mas yo lo conocía un poco, como si fueran mis. ¿Vio a mi ama aquí? (Gesto afirmativo de Licio) Pues, es ella la madre del pobrecito, de Juli-
to...

Licio. (repitiendo, como en la persecución de su pensamiento anterior) Julio...

Damiána. Si, en el momento de él. Cuando mi ama murió, un año después de la desaparición del niño, mi ama dejó San...

ta Victoria. Conoce Santa Victoria?

Licis. El ingeniero?

Damián. Si.

Licis. Lo conozco. Estuve allá con el padre Belmonte. Es tal cual el lugar en que yo nací. Solo le falta el cercado de los buques, cerca de la casa.

Damián. (Mirándolo sorprendido) Es... el cercado? ¿Parece un amo quien manda mudar el corral. Mas entonces, el señor se avergüenza?

Licis. ¿Que avergüenza? ¿Parece un amo quien manda mudar el corral? ¿Parece un amo quien manda mudar el corral?

Damián. (Mirándolo, dubitativamente) allí ibamos todos los tarde, a ver los becerros.

Licis. (Se repentinamente, en una inspiración) Allí Señora! ¿Quiere ver? (Va al fondo y toma)

aparece el momento. Se detiene delante de Licis, con los ojos fijos en él) Una cosa joven... El señor no tiene una cicatriz (mostrándole en sí) aquí, en el labio!

Licis. Cicatriz?

Damián. Si, de una caída, cuando era niño. Estaba jugando, allá mismo, cerca del cercado, cuando se cayó en un buque y cayó de boca en el suelo. Los dientes

le atravesaron la carne y le penetraron
en el cerebro, ¿cómo tiene?
Licio. Nunca repare.

3125

Damián. (Crimpaiente) Oiga, mirese allí
en el espejo. ¿Qué se comienza a hacer? Damián
mientras le detiene el paso, y haciéndole vol-
ver se pone a examinarle el labio inferior. Se
va abriendo en su rostro una línea sonora
de felicidad, llenándole los ojos de lágrimas
de poner a temblar, en un balbuceo de fin-
cientificable, entados de enter pecunia. Lo
atrae a sí y lo alija, mirándolo y reírse
lo ansiosamente. Oyese la voz de Licio
que sube la escalera, cantando. Delante
de la imprenta de la escuela la muchacha se
detiene espantada. Damián le tira los bra-
zos al cuello de Licio, en un enternecimiento
mudo. De repente, con inevitable torpeza, se
encara con él. Entonces, ya no se acuerda
de mí, hijo mío? no se acuerda, no? (En
un grito del alma) Soy su mamá! ¡Jellena
mía del cielo! ¿Quién podría esperar tanto
tiempo! Tanto tiempo, hijo mío!

Se abraza a él en un lloro convulsivo. de
una mano inmovil, Hasmada de subito
se vuelve hacia el jardín y gata nerviosa
mente.

Señor., ¡Moma! Padre Anselmo! Es
el mismo!

Escena XVI.

Los mismos. Adelaida, Señor y
el Padre Anselmo.

(En la escalera del jardín, donde los aguarda
Señor, surge, con al mismo tiempo,
Adelaida y el Padre Anselmo. Damiana
al ver a Adelaida, precipitase con toda
la ligereza que le permiten sus piernas ha-
cia ella, con los brazos cruzados, hallan-
do a grandes impulsos, como de coñada)

Damiana., ¡Señor! ¡Ella viva!... Padre
Anselmo! (A Adelaida) Se acuerda
Vd de aquella caída que el día jun-
to al cercado? (Adelaida permanece
inmovil, como atalada) Viene ahí la
cicatriz!... La tiene... (Al Padre Ansel-
mo) ¿Cómo es que Vd dio en el, Pa-

Auselmo? ¿Cómo fue?

Leonor. (interrogando, dulcemente) Es al
mismo, ¿verdad? Es Julio? (Adelaide,
que se apoya en el umbral, le hace un ligero movimiento afirmativo. Leonor se abraza con ella, sollozando. Licia, de pie, inmóvil, mira como asombrada.)

3126

Adelaide (en un suspiro) ¡Padre! (El Padre Auselmo la acompaña hasta una silla donde ella se deja caer exhausta. Con la cabeza en la gran mano de Licia, murmura, como un hijo del corazón) ¡Padre! ¡Padre! (De repente, venecida del todo, le tiende los brazos. En un grito, con la voz cortada por las lágrimas) ¡Oh Julio! ¡Fijo mío! ¡Fijo mío! ¡Mi hijo!

Padre Auselmo (muy conmovido, impulsado por ella a Licia hacia los brazos que la llaman) Vaya! Vaya, ¡a abrazar a tu madre! Licia (saliendo de su asombro, en una explosión) ¡Oh madre!

Padre Auselmo. S. ¡Ve a abrazarla! (Licia mira alrededor como un torbellino. El Padre Auselmo la conduce. Se para delante de Adelaide, que se inclina, conmovida.)

dole las manos. Él se arrodilla, y, atraído
por la ternura de aquellos brazos baja
la cabeza, sobre la cual se multiplican
alucinadamente los besos maternos.
El Padre Anselmo aproxima a Leonor
al pecho y, haciéndola arrodillar,
Adelaida contempla a sus hijos, envolvién-
dolos en sus brazos, llorando entre los
dos lágrimas de felicidad. Damiana
mira un momento al niño el grupo,
y, volviéndose hacia el Padre Anselmo,
que permanece inmóvil, se inclina
devotamente, le toma la mano
y se la besa. (Extasis en la escena)

Fin lento.

Alegría 15 de Febrero

19 de 29.

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

R/c.

Ironia (Cachos Netto) 3000

* Brionara (Cachos Netto)

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación: A. MORENO

(2)